

sin duda, obedece á un sentido alegórico y casi filológico, reconocido por tantas mitologías, resultado de la combinación de las cualidades atribuidas á la culebra y el dragón, es decir, sagacidad, sabiduría y constante vigilancia; esto es lo significado por la raíz de la palabra *buddha*, el *drikxrutí* sanscrito (culebra) de la raíz *driz*, ver, saber; este es el sentido del símbolo que preside toda la cultura americana.

Hay que distinguir, no obstante, entre la serpiente y el dragón: éste, que retiene la lluvia hasta que le hiere Indra con el rayo, según los Vedas, y que vemos aparecer entre los yopis, y también en el código troano, es genio maléfico, enemigo del hombre, titán constante en todas las mitologías.

La medición del tiempo, el calendario, ha sido también privativo de los estudios sacerdotales, ya para la más precisa determinación de las fiestas religiosas, ya para establecer correspondencias entre los movimientos celestes y las labores de las tierras. Estos cómputos, que aunque muchas veces heredados de pueblos anteriores, pueden darnos precisas indicaciones cronológicas, obedecen á diversos sistemas y van sufriendo sucesivas correcciones: nunca se puede decir que sean obra de un sólo pueblo; la mayor parte exceden para sus confrontaciones del tiempo que ha consumido cada uno en realizar su historia, y por esto encontramos en ellas correcciones debidas á repetidas y largas experiencias: «Como entre los Indos, dice Nadillac, Tiberianos, Chinos y Japoneses, que distinguen los años por la correspondencia de muchas series periódicas....., todos los pueblos civilizados de la América se valieron de este método ingenioso para designar el día y el año en un ciclo dado», de aquí que los aztecas tuvieran un sistema de tiempo tan exacto, por períodos de cincuenta y dos años, divididos en ciclos de trece, con días *nemontecni* ó complementarios, en los bisiestos, para evitar el atraso. Esto nos indica la herencia de observaciones anteriores, transmitidas, sin duda, por los colegios sacerdotales y gráficamente notadas por signos en forma de animales, como también lo hacen los japoneses.

Pero donde se hace más patente las analogías de las reli-

giones americanas con las asiáticas es en sus ritos. A tres principales podemos reducir los asiáticos, y de todos ellos encontraremos el reflejo en la América: el rito védico-brahmánico, el búdhico y el mágico ó del sol.

El rito védico.—Este rito, el más antiguo de la India, cuyas ceremonias nos constan con toda su complicadísima liturgia por los himnos del Rig-Veda y los *brahmanas* y *sutras* á ellos correspondientes, lo encontramos repetido con admirable pureza entre los pueblos más recónditos del continente americano. Correspondientes en su principio á una religión puramente naturalista, adoradora de las fuerzas físicas, á las que imploran para que se muestren propicias, favoreciendo principalmente las faenas del campo, todos aquellos ritos, todos aquellos himnos no tienen otro objeto sino obtener abundantes productos de la tierra, según la estación, el mes, la faz de la luna y hasta el día correspondiente.

El sacrificio védico, el *zutra*, es solemne y complicadísimo: precedido de purificaciones y abstinencias, comienza por el emplazamiento y perfecta orientación, conforme á los puntos cardinales, del altar del sacrificio; séguense las ceremonias especiales del mismo, acompañadas de la recitación de los himnos propios á cada momento: el *hotar* ó sacerdote que recita, acompañado de sus ayudantes, se dirige á los puntos cardinales, invoca á los cielos, á la tierra, á los vientos, y si desea la lluvia fecundante, á las aguas y al dios Indra, dios del rayo, para que esgrima éste, é hiriendo al dragón Vritra, que esconde las nubes, sobrevenga la lluvia beneficiosa..... Parece estarse leyendo la instalación entre los yopis del altar del conjuro de la nube y la celebración en las *estufas* de sus ceremonias, implorando la lluvia para sus campos. Las ceremonias, fiestas, cómputos y ritos védicos ofrecen tal semejanza con los encontrados por los emisarios de la Sra. Emenway entre los pueblos del Arizona (1), que bien podemos decir que los unos completan á los otros, auxiliándose mutuamente para su total

(1) V. *O Journal of American ethnology and archeology*, por Mr. J. Walter Fewkes, y su artículo en *El Centenario*, t. IV, pág. 148.

comprensión. Nada varía en ellos; iguales trámites van presentando en su proceso, sin faltar en ambos la embriaguez como final obligado; entre los vedas, con el divino *soma*, cuyo alcohol hace renacer las fuerzas de la vida, como si el espíritu de Indra penetrase en nuestro organismo, y en América con el *pulque*, de más grados y de efectos más desastrosos para la embriaguez. Del culto perpetuo de *Agni*, ó sea el fuego, también encontramos frecuentes huellas en la historia americana, principalmente en el Anahuac, y aquí también hallamos llevado al último abuso los sacrificios humanos, cometidos por todas estas religiones primitivas.

Los sacrificios humanos entre los antiguos indos son tan ciertos como brutales; los libros sanscritos los mencionan con harta frecuencia, consistiendo, no sólo en víctimas de mayor edad, si no en tiernos niños, calcinados al estilo de los ofrecidos al fenicio Moloc.

Más tarde fueron substituidas estas víctimas por caballos, toros, ciervos y aves, y he aquí cómo encontramos en América las humanas, en honor de las divinidades cuyo cometido era la guerra ó la muerte, como acontecía con el azteca Huistzilopuchtli, ó la sombría divinidad de los antros de Mitla, á quien tan grato era el suicidio, sin dejar de verlas de todas clases entre sus demás pueblos de superior cultura.

La evolución del rito védico produce el brahmánico, y de éste salen los nuevos dioses y las nuevas ceremonias, reglamentadas en sus más mínimas partes. Con el triunfo de los brahmanes introdúcese en la India una religión metafísico-antropológica, llena de dogmas abstrusos que constituye el fundamento de la preponderancia de la casta sacerdotal; entonces aparecen las trimurtis, los triples dioses con sus correspondientes diosas, los dioses auxiliares, los dioses elementales, toda una mitología, en suma, perfectamente determinada, con formas humanas, que concluye con todas las vaguedades védicas, aunque á éstas deba muchos de sus mitos. Brahma, Vixnu y Çiva, el dios creador, el conservador y el destructor; Maya, soberano de los muertos; Agni, del fuego; Ganesa, el de las ciencias, y muchos otros, forman el panteón indio, del

que tantos recuerdos pudiéramos encontrar en los pueblos del Anahuac. Los ritos de estas divinidades son muy complicados: su celebración constituye gran parte de la ciencia brahmánica. Por ellos se trata de obtener la protección de aquellas divinidades, ofreciéndoles los sacrificios más de su agrado conforme á su naturaleza, siendo cruentos y abominables los de Çiva y Maya principalmente, á los que se consagró aún el *narmedha* ó sacrificio del hombre, en forma parecidísima al de los crueles aztecas.

Rito búdhico.—A concluir con aquel orden de cosas implantado por los brahmanes, tan inhumano y tiránico, vino el Sakia-muni, el Buddha, proclamando la igualdad de los hombres y proscribiendo la crueldad de aquellos ritos que, gracias á él, se modificaron mucho. La liberación de las castas por la vida en comunidad religiosa, y la liberación del alma por el ejercicio de la virtud, fueron las bases de la reforma búdhica, que de tal modo se oponía á la sociedad brahmánica. Inminente fué la lucha; grande el triunfo al principio con la conversión del gran Rey Açoka y las dinastías posteriores; pero la reacción brahmánica, suavizando sus mitos, introduciendo en su panteón divinidades tan dulces y humanas como Krixna, concluyó por arrojar al budhismo de su cuna para que se dilatara, sin embargo, por todo el Asia oriental, dando origen á poderosos Imperios, tales como los de Campa, Cambodje y otros destruidos antes por la invasión china.

Todo lo más selecto, lo más humano y superior en las creencias encontradas en América, se relaciona íntimamente con el dogma y las prácticas búdhicas. Entre los mayas se conservaron las más puras; el paso de Quezalcohalt, su predicación y sus fundaciones son puramente búdhicas, modificadas más ó menos según los tiempos y lugares. A él se debe la implantación de la vida monástica y de la beneficencia entre los toltecas; el dogma de los tezcucanos; y con él se relacionan todas las prácticas más morales y humanitarias de aquel mundo, notándose singularmente en sus sacrificios.

Nunca los mayas ofrecieron los humanos, excepción alcan-

zada sólo por ellos; si en el Yucatán se verificaron últimamente, fué entre las tribus bajadas de México: el valor de las ofrendas consistía principalmente en su intención y frecuencia; flores, leche y perfumes eran las más gratas á los dioses, purificándose el cuerpo con asiduas abluciones, y el alma con la confesión de los pecados.

La práctica constante de quemar perfumes ante las imágenes de su adoración, es de marcada observancia búdhica, práctica extendidísima y ejercida con extraordinaria repetición, de la que nos quedan tantos ejemplares arqueológicos del útil de que se servían para tal objeto (1). A ella se debe la aparición en la China de aquellos riquísimos pebeteros, en los que tantas maravillas realizaron sus artistas.

El rito caldeo.—En la nebulosa historia de la India, región por donde ha tenido que pasar todo cuanto constituye la civilización de los pueblos del Oriente asiático, aunque sin cronología exacta, se dibujan ciertos hechos que van formando la red del pasado en tales pueblos.

Aparecen estas revelaciones con frecuencia desde que el espíritu europeo se ha aplicado á su estudio, y al gran indiano Weber debemos una de aquellas noticias más valiosas sobre la religión y los cultos asiáticos en sus regiones más meridionales: el texto de la *Magavyakti* nos da cuenta de la raza sacerdotal de los magys, llegada á la India, procedentes de Zakadvipa y llamada por un hijo de Krixna, Zamba, para servir en un templo dedicado al sol, al borde del Chandrabhaga. Estos sacerdotes traen el *aivanhana*; imploran á Dios cinco veces al día y ofrecen el sacrificio del Boresma observando el Baj. Tales sacerdotes se funden más tarde con los del culto indio de Aditya, ó sea el sol, pero permanecen distintos hasta el siglo VII de J. C. He aquí, pues, el culto caldeo implantado

(1) Numerosísimas son las especies de braserillos, incensarios y perfumadores que se encuentran en toda la América pertenecientes á sus antiguos cultos, no siendo otra cosa los millares de cilindros huecos de barro cocido, generalmente terminados en la cabeza de un chacal ó puma, que el asidero de la escudilla para quemar los perfumes, de las que al fin se han hallado algunas completas.

en el Oriente desde remotos tiempos, y he aquí cómo también reaparece en la antigua América, sembrado de su recuerdo todo el camino de las razas invasoras y yendo á destellar con su mayor esplendor en el Imperio incásico en su gran templo, en el Coricancha del Cuzco, con todos sus caracteres y ritual, servido por los colegios sacerdotales de las vírgenes *nustas*, hijas del sol, siendo además el Perú el país clásico de los oráculos, á alguno de los cuales se ofrecieron sacrificios humanos.

Estas cardinales coincidencias nos hacen suponer cuánto la mitología comparada puede descubrir entre extremos tan distantes, y los motivos aún muy ocultos de sus manifestaciones: consignemos, por lo pronto, que apenas comenzado el esclarecimiento del extremo Oriente asiático, al punto notamos sus reflejos en la americana precolombina.

Necrología.—La manera de honrar á los muertos indica la cultura y creencias profesadas por el pueblo que las practica. Los americanos nos presentan en esto ejemplares variados y curiosos, pudiendo reconstituir por sus muertos gran parte de la vida que llevaron aquellos seres. Las variadísimas formas en que colocaron sus cadáveres, pudiera constituir muy extenso capítulo de necrología americana; pero limitándonos á lo más esencial y característico, comenzaremos por apuntar los usos de aquellos más salvajes, entre los que hasta sus propios vecinos eran á veces víctimas del canibalismo de las otras rancherías, cuando no arrojados á sus propios *kjokkemoddingos* y basureros, como cualquier otro resto de inútil aplicación para la vida; en los sambaquis del Brasil y los paraderos del Plata se encuentran envueltos con los residuos de la alimentación de aquellos hombres sus propios esqueletos, demostrando una inhumanidad sin límite y una carencia de creencias sobre el más allá de la vida, que los asimila á los brutos.

Pero pronto se hallan muestras de mayor respeto á sus antepasados; pues ya los charruas enterraban generalmente á sus muertos abriendo una fosa, en la que ponían el cadáver rodeado de sus armas y utensilios, guardándole, además, cierto luto por algunos días, durante los que se mutilaban y herían

como expresando su dolor. La más sencilla inhumación por este sistema se ve empleada por otras muchas tribus; pero también la hacían, ya levantando *tumulus* sobre uno ó varios sepulcros de piedra, á la manera de nuestros dólmenes, como los habitantes indígenas de los Estados Unidos (1), ya poniendo á los cadáveres en la copa de los más altos árboles, formando así de algunos bosques verdaderas necrópolis, correspondiendo á los más adelantados el uso de las *huacas*, que tenían por principal objeto la momificación en varias formas, quedando la cremación como privativa de los aztecas y algunas otras contadas gentes.

El sistema de huacas parece indicarnos, desde luego, el uso particular y propio de una de las ramas principales que forman la emigración más culta del Nuevo Mundo; ya decíamos anteriormente que todos aquellos pueblos que florecieron en la América, pertenecientes á la rama más *semita*, tuvieron por práctica funeraria para sus cadáveres la del enterramiento en huacas; y en efecto, en la pasada Exposición Histórico-Americana de Madrid veíanse curiosísimos ejemplares de ellas, empezando por encontrarse las momias en el territorio de los Eleutianos del Sur de Alaska, que, según el Catálogo oficial, «tenían el mismo sistema de enterramientos que en el Perú», habiendo sido descubierto un gran número de estas momias en la isla de Amakuak. También los presentaba, en el mejor estado de conservación, Gustavo Nordenskiöld de las halladas en el fondo de las *Cliff-Dewlers*, con restos cerámicos parecidísimos á los peruanos; noticias de ellas tenemos en abundancia en el Anahuac, muchas aún no exploradas y que sin duda han de proporcionar los más preciosos datos para la etnografía histórica de aquella región; revelánse des-

(1) Todo el tomo del *Annual report of the Bureau of Ethnology*, publicado en el año de 1894, está consagrado al estudio de los *mound* sobre el suelo de los Estados Unidos, demostrando su empleo funerario y las diversas épocas en que fueron levantados; muchos pertenecen á la precolombina. En el magnífico mapa que los acompaña se nota al punto la preferencia para ellos de las riberas de los grandes ríos y otras particulares muy dignas de estudio.

pués en Nicaragua y otros puntos cercanos al istmo; halláanse también en Colombia y Quito, y, por último, adquieren la mayor fama por su número y riqueza de objetos que encierra en todo el territorio del Imperio Incásico.

La sequedad de las costas del Pacífico en esta región, la pureza de los aires y otras condiciones del terreno, hicieron del país de los Incas la región de las momias más abundante que existe: bastaba á veces dejar en los sitios altos de las casas á los cadáveres, rociados con ciertos perfumes, para que la momificación se realizara, siendo también motivo de notación histórica y de raza la mayor ó menor envoltura de la momia y la disposición del lugar que ocupa. Llegaron á reunir los peruanos á sus Reyes en espléndido panteón, sentados en sus sillas como si experimentaran un estado hipnótico, y en otras regiones se descubren las más interesantes necrópolis, como en la gran Chimú, en Trujillo, costas de Ancón, aprovechando las cuevas para formar verdaderas asambleas de cadáveres, en las que las momias esperaban una resurrección, creída por aquellos hombres como consoladora doctrina para el más allá de la existencia.

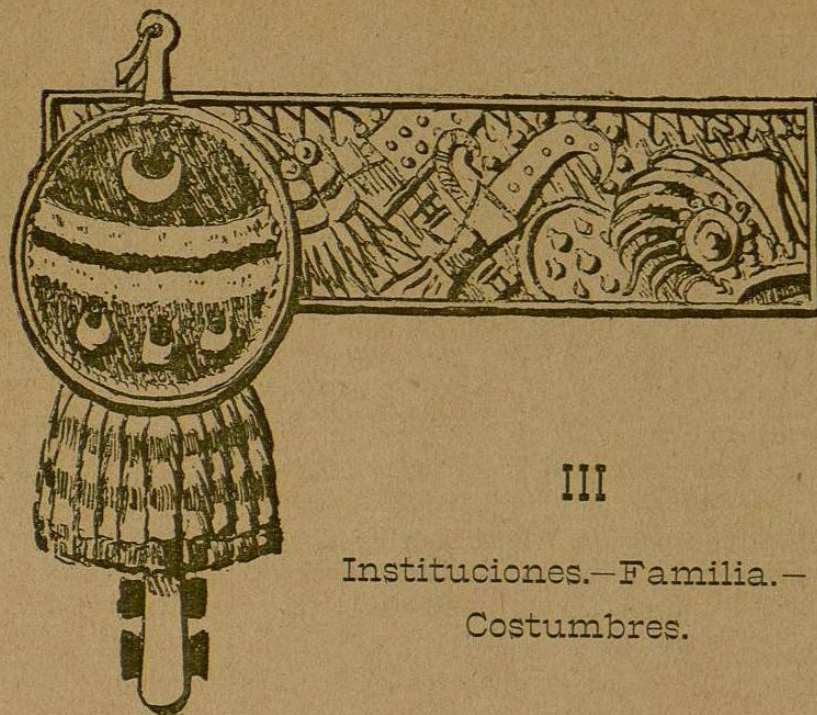
También en el Anahuac morían con la esperanza de otra vida, con la creencia de que después de ésta su personalidad persistía en otra forma ó sería objeto de nueva existencia. Allí encontramos también la noción de una justicia de ultratumba, marchando cada uno á distintas regiones de bienandanza ó de castigo, según los méritos ó pecados cometidos en este mundo, mediante un juicio muy semejante al que empezando en el Egipto lo vemos después correr por todo el Asia hasta llegar al Anahuac.

Los Tlascallas creían, sin embargo, que la jerarquía social persistía en la otra vida: otros aceptaban la metempsicosis brahmánica, transformándose los humanos en animales más ó menos estimados, según sus obras ó estado social, y los mayas poseyeron las más altas concepciones en este sentido sobre la justicia eterna y la inmortalidad del espíritu, consistiendo para ellos el mayor premio en la otra vida, el reposar en eterna holganza y quietud á la sombra del árbol Yaxche, especie de

nirvana búdhico, libre de las miserias y molestias de la existencia.

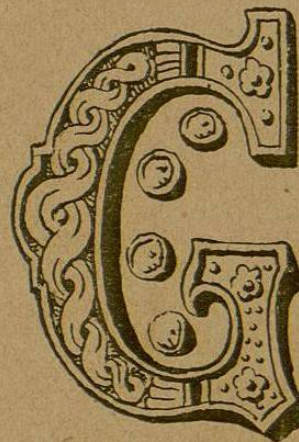
Los aztecas heredaron las más altas concepciones de sus predecesores en el Anahuac, aunque imprimiéndoles su acento guerrero y cruel: los muertos en la guerra eran los que lograban mayor dicha en la otra vida, pasando directamente á la mansión del sol, sin detenerse en lugares de purgatorio, inexcusables para las demás gentes que morían de otro modo: la cremación fué su procedimiento de sepelio más extendido, después de exponer á los cadáveres, revestidos de sus mayores galas durante algunos días, al duelo de sus deudos y amigos, siendo digno de notar que allí donde hemos encontrado más analogías con los ritos brahmánicos, entre los nahuas, veamos también la costumbre indiana de la cremación, y el sacrificio de los deudos ante la pira del cadáver, cuyos restos son guardados después en las urnas cinerarias.

Pero entre los miztecas y demás pueblos limítrofes de Oajaca, los cadáveres se llevaban á los bosques funerarios ó á las profundidades de las cuevas, como las encontradas en Durango, donde la momificación es perfecta. He aquí, pues, cómo los hábitos funerarios de estos pueblos nos pueden servir de datos por el estado de cultura que representan y las formas que toman, según las creencias de ultratumba á que corresponden, así como para deducir también del parentesco y marcha de las distintas tribus en su establecimiento sobre aquel suelo.



III

Instituciones.—Familia.—
Costumbres.



RANDES diferencias se observan por estos conceptos entre las distintas razas pobladoras del Nuevo Mundo, al igual que hemos visto en otras manifestaciones de su pasado precolombino.

Descúbrese á las más primitivas llevando una vida anormal y fuera de todos los principios legales, errantes y movedizas, sin llegar á constituir tribu las más veces, cayendo entonces bajo el poder tiránico del más fuerte, como ocurre entre los charruas y guenonas.

Mal podían desarrollarse instituciones, formas de Gobierno y relaciones sociales entre gentes sometidas al más absoluto caciquismo y agrupadas sólo al amparo del brazo que más temían. En tal forma aparecen constituidas las grandes masas indígenas encontradas por los conquistadores, obteniendo de